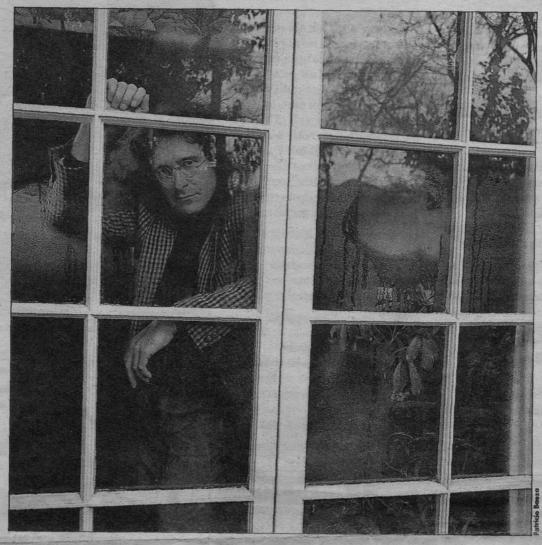
DIEGO MAQUIEIRA:

Llegó con su familia a
Lima sin saber ni una
gota de español,
después de haber
vivido en Nueva York
desde los 6 a los 9
años. También evoca
una Lima que es el
pecho generoso de
nanas negras y
sonrientes.

Entrevista de Ana María Larraín

S rica la casa de Maquieira. El living está impregnado de texturas, olores y colores, mientras objetos de todo tipo y proveniencia conviven, en armónico salpicón, con los miles de libros, discos, canastos, cojines, alfombras, sofás y originales cortinas. Un precioso piano blanco afirma en silencio el muro repleto hasta el techo, y el constante deambular de este hombre hiperkinético marca, junto a la lluvia, el



Es rica la casa de Maquieira. Junta colores, olores y texturas.

"EN LIMA APRENDI A HABLAR CASTELLANO"

rápido transcurso del tiempo. Su larga melena enrulada perfila esa cara como de halcón miope que tiene y las palabras se le tropiezan en la boca al chispeante autor de "Los Sea Harrier", un compact-text que da que hablar por estos días a la crítica.

—¿Cuál fue el primer impacto de la ciudad que ahora los acogía?

—El no poder comunicarme con mis compañeros de colegio. Eso me planteaba infinitas dificultades y una sola ventaja que no podía aquilatar: el estar eximido por completo de las clases de inglés.

—¿Qué recuerda de su aprendizaje del castellano?

—La tremenda tortura de los verbos, me tenían bombardeado con eso, enloquecido. Además, había una academia adicional a la que tenía que asistir para reforzar el idioma. iLa locura total! Un cambio atroz en mi vida. Pero logré tomar oxígeno con respecto a eso y hoy no tengo una sensación traumática, es curioso. Seguramente porque lo aprendí rápido, ya que tengo

buena memoria. Pero primero aprendí el castellano con acento de gringo y después fui un chileno con acento peruano. ¡Un lío!

—Pero el colegio, así, era un verdadero trauma.

—Es que, para peor, estaba el conflicto de que yo era chileno y no tenía la menor idea de que había habido una guerra entre mi patria y el Perú. No entendía ni jota cuando me decían que les devolviéramos el Huáscar. ¡Qué Huáscar ni perro muerto! Pero para ellos era un símbolo importantísimo y el asunto los tocaba a fondo. Yo jamás había oído hablar de Grau, lo que me creaba una serie de obstáculos y contraposiciones.

—¿Influyó eso en alguna actitud suya contraria a Lima?

—No, para nada. Me gustó muchísimo Lima, y hasta hoy me encantan mucho los peruanos. Hice muy buenas amistades, tanto masculinas como femeninas: mal que mal, viví allá entre los 10 y los 12 años, una edad muy marcatoria, ¿...?



Las actrices japonesas Asami Kuji y Tesuko Fuju con el anfitrión Diego Maquieira en el Crillón limeño de 1963.

Hablemos de esa Lima de los años 60.
—Jamás olvidaré su clima, mucho cielo plomizo, mucha nube y humedad. ¡Y
mucho mar! Yo soy un hombre de mar,
desde entonces. Me subía a un bus y partía
a La Herradura. Tenía libertad total para

andar solo. Además, como poseía una inmensa facilidad para comunicarme, nunca me vi en dificultades.

—¿Dónde vivían ustedes?

—Primero, en una casa en el barrio San Isidro, creo. O Miraflores. La calle se llamaba Inca Ripac. El barrio era muy tranquilo, bonito, todo estaba a walking distance, había que caminar y caminar. Colegios, almacenes, amigos, todo era a escala humana. Había mucho encanto, mucho sentido de la familiaridad y cierta alegría de vivir. Después nos trasladamos a un departamento en cuyo edificio estaba la dirección de la Revista Oiga.

-No me diga que a esa edad tuvo alguna experiencia periodística.

-No exactamente. (Se ríe). Un día me encontré con el director, Paco Igartua, en la escalera, y me preguntó si podía pasear a unas actrices japonesas. ¡Imaginate! ¡Yo feliz en mi papel de cicerón! Fue mi primer trabajo no remunerado.

—Cuénteme el itinerario que les hizo.

Lo primero fue ir a buscarlas a un hotel famosísimo, proyectado por un arquitecto chileno de gran renombre... Después las llevé a la playa La Herradura, que estaba cerca. Luego recorrimos el centro, impecable, maravilloso; caminamos por la Plaza de Armas, fuimos al barrio Miraflores y después al Country Club. ¡Un

-¿Qué recuerda del espíritu de esa Lima?

-La paz total. ¡Era otro mundo! Hoy es irreconocible. La gente era muy encantadora, cálida, afectuosa, desinhibida.

-¿Mantiene alguna de esas amistades?

-Bueno, Javier Pérez de Cuéllar es mi padrino de confirmación. Y volví a ver a su hiio hace un par de años, cuando vino a Chile.

-¿Qué huella le queda de ese Perú?

-Hubo otra cosa muy importante: el desierto, que incluso hoy día me vuela. Cuando iba hacia el norte, cerquita de Lima, me fascinaban las dunas. ¡Pero sobre todo el mar! Permanentemente. Un mar mucho más suave que el nuestro, después lo vine a corroborar; menos hostil, menos agresivo, más fraterno. Había playas muy cercanas a Lima y era facilísimo desplazarse hacia ellas desde el centro. Uno se tomaba un tranvía y partía. Lo bueno es que, como el mar era tan benigno, no había resaca y por lo tanto el peligro de ahogarse era nulo, ¡salvo que te pasara una lancha por encima!

-Usted será un buen nadador...

-Buen nadador, sí: siempre me ha



-Regalón el tipo, ¿ah?

cola de un ciclón. Y llegué a Lima en bar-

co. La presencia del mar es en mí muy de-

finitiva. Eso se ve en mi poesía, sobre todo

en el último libro. No sé a qué se debe, pe-

ro me atrae toda esa lujuria, ese fondo que

todavía se mantiene virgen, desconocido.

con amigas de mi edad. Mucho juego, una

sensación de contacto físico sin traumas.

Tuve varias pololas simultáneas (se ríe),

vivía la vida con mucha intensidad y sin

—Son alegres los peruanos...

cuando estudian, cuando gozan de la vida,

cuando están con una mujer, cuando tra-

bajan, cuando proyectan. Están siempre

enteros en lo que están. Y hay una gran

calidez ambiente. Son calentitos, recuerdo

a mis nanas negras: ¡las mujeres más ca-

riñosas, más afectuosas, más maravillosas

que conocí! Y cocinaban como los dioses.

Es rica la comida peruana...

llegué, sólo comía arroz a la cubana, con

tocino, porotos, plátano frito, huevos...

Pero me cambié rápidamente a las papas a

la huancaína. ¡Que nombre maravilloso,

oye! Y también me encantaban los frijoles

-¡Ah, no, ítem aparte! Cuando recién

—Sí. ¡Mucho!, y vividores. Viven

ningún rollo.

-¿Cómo fue su adolescencia limeña?

—Una experiencia afectiva muy rica

-(Silencio elocuente) ¡Pero yo también las regaloneaba muchísimo! Llegaba a colgarme de sus cuellos y me incrustaba, ¡plafff!, en su pecho. (Risas). Pero había un abismo social entre la clase alta y la baja; no existía la clase media. Aunque tampoco existía el racismo.

-- Cómo se divertía un niño de su edad en Lima?

-En la calle, pura vida de calle. No teníamos contacto cultural. ¡Y peleábamos como fieras a puñetes! También hacíamos mucho deporte, sobre todo nadar y nadar. Y salíamos a cazar avispas con un amigo que me adiestró en el cuento. Las agarrábamos con la mano, con unos pañuelos, y las metíamos en un frasco. Pero después las soltábamos en la pieza. ¡Puchas que pican las avispas! Otro amigo tenía en su casa un ring de boxeo...

-Eso me hace recordar otro tema: la violencia.

-Sí, fíjate. En los colegios se vivía un clima de violencia muy similar al que describe Vargas Llosa en "La ciudad y los perros". Mi colegio no era militar, pero tenía una banda de música con uniforme y todo. Competiamos muy fuerte con otros colegios. Y en un flashback veo un sistema de disciplina férreo. La educación estaba cargada de los valores machistas, sí, y el castigo físico era habitual y muy duro. Nos pegaban con reglas de este calado (abre los brazos), seguramente por cualquier cosa que significara un mínimo de rebeldía. Y yo era muy contestatario. ¡Hasta hoy! Así es que tú estabas en un campo minado y eso era clarísimo.

-¡Adónde iban a divertirse?

-A los diferentes clubes: el Club de Villa, donde había una piscina y un lote de cosas, y el Club Santa María, al norte de Lima -creo-con orquesta, sala de baile, etcétera. Había además una gigantesca piscina que, en el medio, tenía una isla. ¡Fabulosa!

-Usted me hablaba de la calle. ¿Qué hacían allí?

-Mucha bicicleta. Y elevar volantines. Ibamos al hipódromo abandonado, porque

muchísimo Lima, y hasta hoy me encantan mucho los peruanos".

"Me gustó

allí no había cables de alta tensión. Y nos encaramábamos hasta el cielo. También hacíamos surf. Las playas eran excelentes para eso y un compañero mío, Francisco Aramburu, fue campeón mundial. En las casas de los amigos nos juntábamos con las niñas a escuchar música norteamericana, en la que yo era experto: me encantaba Chubby Checker. Y ahora recuerdo que también jugábamos a las bolitas. ¡Qué increíble!

-¿Cuáles fueron sus primeras lecturas peruanas?

-Yo no leía nada, me cargaba la lectura. Después, mi hermano mayor me introdujo en ella. Pero en esa época lo que más me fascinaba era leer las líneas blancas con letras debajo de la pantalla, cuando íbamos al cine. No podía despegar la vista de esos pequeños seres que aparecían y desaparecían, las letras.

—¿Qué color tiene esta Lima, la suya? -Azul. El azul del mar. Y el blanco de la espuma.

—¿Y cómo huele?

-A harina de pescado. Los olores de las ciudades y las casas son muy importantes, podría reconocerlos al tiro. Mi casa tenía olor a primavera; mi colegio, a cuero; mi calle, a polen; mis nanas, a piel cariñosa, nutridora y con una gran capacidad de amar.

-; Y qué ruido evoca hoy a la distancia?

-El de los tambores de la banda de mi colegio. Yo no tocaba, pero los mellizos Ruizes (sic) me prestaban sus instrumentos. ¡Apoteósicos los tambores, brillantes y con un sonido espectacular!

—¿Algún hecho en especial?

-Sí, el accidente de un avión que se cayó con todos los pasajeros porque, en vez de dar la vuelta hacia el mar, se estrelló con la montaña. Y a nivel privado, una película de Manuel Rodríguez que vi en el cine: me fascinó, me tenía loco, lo encontraba heroico, ingenioso, genial. Una mezcla de Buster Keaton con Chaplin. ¡Me dejó muy marcado! También un arquero chileno que se llamaba Gálvez: lo fui a ver al estadio y recuerdo que volaba por los aires. Pero aparte de él, lo demás del fútbol me aburría tanto, que me dedicaba a jugar a las bolitas. RAD





"Me tenían enloquecido con la tremenda tortura de los verbos".